



MUJERES ALENTADAS POR EL ESPÍRITU DE DIOS...

“...El Capítulo General es un momento significativo en nuestro caminar congregacional. Es un tiempo pascual en que juntas vamos a mirar nuestra realidad y la del mundo en que vivimos para descubrir el paso de Dios en nuestra historia, escuchar sus llamadas en los gritos de la humanidad y del cosmos y avanzar hacia el futuro con ilusión y esperanza.

Todas nosotras y en todos los ámbitos estamos invitadas a ir preparando nuestros corazones, afinando nuestros oídos y purificando nuestras miradas para caminar juntas en la fe, atentas a lo que el Espíritu nos vaya revelando...

El mismo Espíritu que llevó al P. Butinyà y a la M. Bonifacia a apostar con radicalidad y pasión por el mundo trabajador pobre, especialmente por la mujer, nos acompañará y animará a lo largo de este tiempo capitular, ayudándonos a discernir e implementar los caminos que puedan impulsar mejor nuestra vida y misión”. (Carta de convocatoria al XXII Capítulo General.18-12-2015).

Si a lo largo de todo el proceso hemos tratado de responder a la invitación de nuestra Coordinadora General de poner a punto nuestros oídos, nuestras miradas, nuestros corazones en definitiva, atentas a la acción del Espíritu..., al llegar a la última fase, enviadas por nuestras hermanas de toda la Congregación, queremos extremar el cuidado de un talante evangélico, un talante de discernimiento.

Tenemos por delante el desafío de desplazarnos de nuestros intereses y preocupaciones zonales y provinciales para asumir los intereses y preocupaciones de la Congregación internacional; un cambio de perspectiva obligado pues en este momento tenemos la responsabilidad de toda la Congregación. Y, al mismo tiempo, como cuerpo congregacional sentimos la urgencia de mirar juntas al mundo entero en el contexto de hoy.

¿Cuáles serían los **referentes ineludibles**, los criterios de fondo a tener en cuenta, para que nuestra mirada, nuestro modo de proceder y las decisiones que tomemos durante estos días, sean evangélicas?

Vivimos la misión como discípulas de Jesús

El Evangelio nos habla de dos discípulos de Juan que, invitados por su propio maestro, inician una nueva andadura vital al lado de Jesús. Pero Jesús, antes de nada, les indica el modo de hacerlo. Cuando los discípulos le preguntan por dónde vive, **Jesús** les ofrece la mejor manera de saber no sólo *dónde*, sino *para qué* vivía y *por qué* otros podrían seguirle: «Venid y lo veréis» (Jn 1,39). Es decir, se ofrece como **primer referente necesario, inmediato e inspirador** para clarificar la propia existencia.

¿Y si en medio de nuestras preocupaciones institucionales, que están anhelando hallar la mejor dirección para nuestra Congregación, nos permitiéramos decir *vayamos y veamos a Jesús primero, escuchemos su Palabra*? Antes incluso de poner sobre la mesa temas, análisis, diagnósticos, estrategias de resolución, plazos de planificación... Quizás precisamos una contemplación

fundamental de Dios mismo en su desplegarse en la historia, en cómo vierte su vida divina en la realidad y hace camino de salvación. Necesitamos, para no ser absorbidas completamente por las cuestiones *segundas* –derivadas de las lógicas propias de las instituciones–, parar en los *horizontes primeros*.

Así lo vivió Jesús:

“La experiencia de Dios que vivió Jesús fue, fundamentalmente, la de descubrir en sus mismas entrañas la fuerza capaz de cambiar la óptica de lo cotidiano. Esa fuerza primordial que él llamó el Abbá, se le hacía presente en todo lo que estaba sucediendo a su alrededor y le urgía íntima, y a veces también dolorosamente, a colaborar con ella, porque le aseguraba una gran novedad en el curso de los acontecimientos”.¹

Así le sucedió a los seguidores/as de Jesús: *antes* de conocerlo, cargaban con sus anhelos personales, deseos recónditos y frustraciones de algunos sueños. *Después* de conocer a Jesús, aquellos anhelos, deseos y sueños son purificados y cobran forma. Ante Jesús, acaban teniendo *una visión común, un proyecto*. Más tarde tendrán crisis de dispersión, que se producirán esporádicamente en el grupo, pero las superan en cuanto vuelven a recordar a Jesús como referente primero, como origen de la llamada primera. Sin Él –lo demuestra la experiencia– no aciertan a continuar.

Dicen nuestras Constituciones: “Jesús, María y José, que tuvieron a Dios como absoluto de sus vidas, que lo acogieron como su única riqueza y que buscaron apasionadamente hacer su voluntad, son para nosotras estímulo y ayuda en la vivencia gozosa de nuestra vocación” (C. 21). “La comunión de todas las Siervas de san José en la búsqueda de la voluntad de Dios en dinámica de Comunidad-Taller nos urge a compartir el poder y vivir los diversos servicios a la manera de Jesús *que olvida su condición y su rango de Dios y se hizo pequeño como los hombres porque vino a servirlos y no a ser servido por ellos*” (B.R. Primer discurso. C 39).

Acojamos la invitación a dejar transformar nuestro corazón por la contemplación de la persona y la vida de Jesús, su generosidad cotidiana y sencilla, sus palabras, sus gestos, su coherencia, su forma de tratar a los pobres, su entrega total... Solo así podemos recobrar el gusto por *el misterioso modo de proceder de Dios* en la historia (desde el AT, el que más tarde se revelará plenamente en Jesús) y dar respuestas “al modo de Jesús” a situaciones muy distintas a las que Él se encontró y en contextos bien diversos. Desde Dios... veremos mejor, elegiremos mejor.

Este modo de proceder de Dios en la historia, misterioso y paradójico en sus dos movimientos fundamentales, es *hacia el otro/la otra y hacia abajo*, es decir, *unir vs. separar y descender vs. ascender*. El Dios de Jesucristo es comunidad, convoca, une, genera solidaridad y es un Dios que desciende y se revela *desde abajo*. Es “el hijo del carpintero”. (Mc 6,3). Su abajamiento es el escándalo nunca del todo superado.

Pablo captó bien el mensaje cuando escribe a los cristianos de Corinto: “Yo mismo, hermanos, cuando fui a anunciaros el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría. No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y este crucificado... Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del poder del Espíritu” (1Cor 2,1-5).

¹ Xavier QUINZÁ, s.j. Signos de Dios en lo cotidiano, Ed. Frontera, Vitoria, 2003, 64.

Seguimos a Jesús en Nazaret según el Carisma recibido de nuestros Fundadores (Cfr. C.24)

Para quienes nos hemos comprometido con un determinado carisma dentro de la Iglesia, ese **Carisma es también marco de referencia obligado** en nuestros discernimientos personales e institucionales.

El Papa Francisco, en su *Carta apostólica a todos los consagrados*, nos recuerda cómo en los orígenes de cada Instituto se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, para traducir el Evangelio en una particular forma de vida, a leer con los ojos de la fe los signos de los tiempos, a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia. Una experiencia inicial que va después creciendo y desarrollándose en nuevos contextos geográficos y culturales, dando vida a nuevas iniciativas y nuevos modos de actuar el Carisma (nº 1).

El proyecto congregacional que llevamos ahora nosotras en vasijas de barro se asienta en una experiencia del Espíritu concreta y peculiar que brotó en la vida y de la fe de Bonifacia y Butinyà y que se encarnó en un proyecto vivido por nuestras primeras hermanas entre luces y sombras, de acuerdo con la cultura y los desafíos sociales y eclesiales de la España del siglo XIX, en un marco de comprensión de la realidad y de la fe muy diferente al nuestro

La vitalidad de la Vida Consagrada en cada momento necesita de hombres y mujeres que, marcados/as por la radicalidad evangélica al igual que los Fundadores, viven como discípulos/as de Jesús en sus nuevas realidades; y de comunidades vivas, sencillas y abiertas apasionadas por la misión y con una *fuerte identidad carismática*. Necesitamos, por tanto, un discernimiento permanente para verificar si nuestra praxis está respondiendo a las necesidades de la Iglesia y del mundo en las nuevas situaciones, y si es coherente con nuestro Carisma. Y es que nuestro compromiso prioritario no concierne tanto a la supervivencia congregacional, cuanto a la misión profética de hacer vida HOY el Carisma que nos legaron nuestros Fundadores.

Hoy, ellos nos dicen:

Os dejamos en herencia a las mujeres trabajadoras, destinatarias principales de vuestra misión; que sean las niñas de vuestros ojos. Vivís tiempos en que los riesgos para su dignidad tienen otros frentes y debéis buscarlos con audacia...

Vivid y anunciad el evangelio del trabajo, haciendo de él lugar especial de encuentro con Dios, espacio de humanización y libertad que favorezca la dignidad del trabajador y de la trabajadora. Buscad la unificación de la persona en el hermanar oración y trabajo y, al dedicaros a la promoción de la mujer trabajadora pobre, cuidad una formación integral que favorezca procesos de empoderamiento.

No olvidéis que la misión debéis vivirla insertas en el mundo trabajador pobre. Es vuestro lugar social, siguiendo a Jesús, trabajador en Nazaret. Habéis dado pasos en este camino, pero no os canséis.

Recordad que el núcleo de la espiritualidad de las Siervas de san José, hermanar oración y trabajo bajo la protección de san José, iba dirigido por igual a las hermanas y a “las demás mujeres y acogidas” (F.B. Reglamento 1874 y C. 1881). Transmitir y compartir la espiritualidad con las/os Laicas/os es, para vosotras, exigencia de vuestra vocación.

Ante todo y sobre todo, os recomendamos el amor entre vosotras y con todos, sello distintivo de los seguidores y seguidoras de Jesús. Tened como “principal regla de conducta una acendrada caridad para con Dios y el prójimo” (F.B. Reglamento 1874), ella os llevará a estar más atentas cada cual al carácter y a los gustos de las demás que cada una a los suyos (B.R., Discursos).

No estáis solas, nosotros estamos comprometidos a vuestro lado para que el carisma esté siempre vivo. No os desaniméis al ver el momento actual de la vida religiosa; que la fe y confianza en Dios sea vuestro más firme apoyo. No tuvimos nosotros en los comienzos menos dificultades: pero seguimos

siempre adelante con la mirada puesta en el Señor. Y cuando el fracaso parecía lo único real, seguimos confiando. El final ya lo sabéis: brotó la vida, el grano dio mucho fruto.

Caminamos hacia una conciencia global, ecológica y solidaria

El Papa Francisco habla con frecuencia de una Iglesia en salida, de periferias por descubrir, de ‘otros lugares’ donde situarnos con nuestra vida consagrada para una nueva fecundidad. Nos interpela con frecuencia a un nuevo éxodo: de nosotras mismas, de nuestros pequeños mundos, de esquemas rígidos o ilusiones teóricas, para habitar los horizontes, para vencer la globalización de la indiferencia, para hacernos concretamente próximas a los afligidos y marginados.

Citamos algunos párrafos de un texto de Martha Zechmeister², por su lucidez y por la claridad con la que expone lo que significa para la Vida Consagrada la **“autoridad de los que sufren”** como **criterio ineludible de discernimiento**.

“¿Cómo encontramos la voluntad de Dios en el día a día de nuestra vida concreta sin engañarnos y sin caer en infantilismo? ¿Dónde nos habla Dios de manera “infalible”?

La autoridad de Dios ciertamente no se hace presente como apoteosis en las manifestaciones del poder -ni del poder político ni del poder sacral- sino en eso que parece ser su contrario. Toda la autoridad plena de Dios está realmente presente, tiene cuerpo y visibilidad, en los más vulnerables, en los sin poder, en las víctimas. Jesús mismo en su famosa parábola sobre el juicio final (Mt 25) coloca la totalidad de la historia de la humanidad bajo la autoridad de los que sufren.

Ninguna instancia, tampoco la más alta instancia jerárquica de la Iglesia, está por encima de esta autoridad. Una obediencia y un amor adulto a la Iglesia saben que esta es la vocación más noble de la vida religiosa, el servicio que debemos de verdad a la Iglesia: someternos a la autoridad de las víctimas y reclamar proféticamente que toda la Iglesia tiene que configurarse y definirse desde esta autoridad. Si no hace esto, está deformando el rostro de Jesucristo.

Vivir nuestro voto de obediencia bajo la autoridad de los que sufren es un proceso complejo con múltiples dimensiones: personales y comunitarias, místicas y políticas. Sin embargo todo comienza con algo sencillo y elemental: despertar de nuestro narcisismo y nuestro mundo autorreferencial y abrir los ojos y el corazón al sufrimiento del otro ser humano. Lo decisivo es resistir a la tentación de mirar hacia otro lado o refugiarse en la apatía (Cfr. Lc 10, 25-37)).

Pero sabemos muy bien que bastantes veces la vida es muy confusa y ambigua... y surge la pregunta difícil y perturbadora: ¿Cómo se puede trasladar el mensaje de la parábola del buen samaritano al contexto de un mundo globalizado? Hoy no es uno el que ha caído en manos de los bandidos, sino que es una parte decisiva de la humanidad la que está a merced de ellos. Aquí sí se exige un discernimiento serio y profundo para saber cómo defender las vidas de las víctimas frente a esta amenaza masiva. Obedecer a la autoridad de los que sufren exige en esta dimensión todo nuestro conocimiento y toda nuestra ciencia; exige toda nuestra creatividad y fantasía para crear con eficiencia espacios que hagan florecer la vida en este mundo real, desfigurado por el pecado y por las estructuras del pecado.

Todavía tiene valor lo que Dietrich Bonhoeffer, el gran mártir de la Iglesia luterana alemana, dijo en su contexto histórico: ya no es suficiente “atender a las víctimas bajo la rueda”, sino que se nos exige “bloquear los radios para parar la rueda”.

Se trata de un criterio de discernimiento de hoy, ayer y siempre, porque es criterio básico del evangelio de Jesús.

² Martha ZECHMEISTER, c.j. La autoridad de los que sufren,

Por otra parte, en nuestro mundo actual, globalizado, cada vez es más claro que no se puede desvincular la solidaridad con los que sufren del cuidado de la creación. Así lo afirman el Papa Francisco, en su última encíclica y la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, aprobada en la cumbre de las Naciones Unidas en septiembre de 2015.

“El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social. De hecho, el deterioro del ambiente y el de la sociedad afectan de un modo especial a los más débiles del planeta: tanto la experiencia común de la vida ordinaria como la investigación científica demuestran que los más graves efectos de todas las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre” (Laudato Si, 48).

“El desarrollo sostenible parte de la base de que la erradicación de la pobreza en todas sus formas y dimensiones, la lucha contra la desigualdad dentro de los países y entre ellos, la preservación del planeta, la creación de un crecimiento económico sostenido, inclusivo y sostenible... están vinculados entre sí y son interdependientes”. (Agenda 2030 n.13).

Veamos la llamada que se nos hace en nuestras Constituciones y Directorio:

“Realizamos nuestra misión insertas en el mundo trabajador pobre como Jesús en Nazaret, que fue enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres y eligió vivir entre ellos. Como Él, vivimos en medio de los pobres compartiendo su lugar social, buscando con ellos, a la luz del Evangelio..., caminos de justicia y de solidaridad y modos de trabajo que dignifiquen y liberen” (C.56). “Vivimos en permanente actitud personal y comunitaria de solidaridad con los pobres y compromiso por la justicia y la dignidad humana... Somos solidarias con la creación respetando el medio ambiente, defendiendo la ecología y trabajando con otros grupos en la promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación” (D. 19 y 21).

Si queremos dar dinamicidad a nuestro cuerpo apostólico, no podemos ahorrarle la *exposición al mundo*. Son muy evidentes los procesos de inmovilización en personas e instituciones que pierden contacto con la realidad. Inmovilización que puede traducirse en que se den soluciones antiguas y desviadas a problemas totalmente nuevos, por miedo a atentar contra la instalación en la que nos encontramos.

Y expongamos también nosotras nuestro corazón, no permitamos que se enroque y se blinde. Solo cuando consentimos en que la realidad apele al corazón y le formule directamente preguntas, se puede activar en nosotras la dinámica de la misericordia.

En un mundo en cambio...

Un mundo en continua evolución y cambio no solo en la naturaleza y el cosmos, sino en los espacios sociales, culturales, políticos y económicos; con lo que ello implica, entre otras cosas, de nuevos paradigmas y nueva problemática, que exigen nuevos replanteamientos, nuevos enfoques, incluso un nuevo lenguaje. De ahí que estemos experimentando las dificultades de la transición sobre todo en lo que se refiere a los cambios de paradigma, con toda la sensación de incompatibilidad de perspectivas, resistencias a los nuevos enfoques, eventuales retrocesos parciales, convivencia de posturas contrarias... que hacen laborioso y difícil caminar en medio de este período de transiciones múltiples.

Así lo analiza José M. Arzáiz³

No podemos olvidar que la forma actual de la vida consagrada –sus estructuras, organización, métodos de trabajo, estilos de vida– no responden adecuadamente a las necesidades y a los retos de una sociedad que ha cambiado y está cambiando radicalmente.... Se trata de un cambio epocal, que supone un cambio en nuestra manera de entender a la persona humana y sus relaciones con el mundo y con Dios y nos lleva a un nuevo paradigma.

Como nunca la vida consagrada tiene que evitar gastar sus fuerzas en críticas internas e ideológicas y vivir más en afirmativo, en alternativa y abierta a un verdadero pluralismo, reconociendo que el Espíritu se da de modos distintos para construir la Iglesia y multiplicar la vida de nuestros pueblos. Ella tiene que germinar y hacer germinar la semilla de una nueva sociedad, acorde con el proyecto del Reino de Dios y de una nueva manera de ser Iglesia, hecha de comunidad de comunidades. Todo esto supone grandes cambios que cada Carisma deberá encarnar en su tradición original pero nadie podrá eximirse de situarse en esa longitud de onda. Es una línea sapiencial, profundamente marcada por la fe y en continuo diálogo cultural y religioso, abierto a los pobres de siempre y a los de ahora y a los que generan un nuevo pensamiento y un nuevo modo de proceder.

En el fondo, es el gran desafío de siempre: buscar y encontrar a Dios en el camino de la vida, a través de procesos de discernimiento, solo que con una conciencia más holística del mundo y del cosmos para descubrir los nuevos espacios de vida y misión que están surgiendo en nuestra sociedad.

Cájar, abril de 2017.

³ José M. ARNÁIZ, s.m. Los grandes desafíos de la Vida Consagrada hoy.